

El último siglo. Literatura y cambio social

Lisandro Otero

Escritor y periodista.

La era de la conquista del espacio, del viaje a la Luna y de los cosmonautas, de la revolución informática, del mayor estallido diseminador del conocimiento que la humanidad ha alcanzado en su historia, ha sido también el tiempo de la interrelación estrecha entre la literatura y los cambios sociales, el lapso donde la obra escrita y la acción vivida han demostrado un enlace orgánico. En nuestro tiempo, las computadoras personales y su integración en un complejo vinculado por la red Internet, permiten una disponibilidad total del acervo cultural. El uso de la fibra óptica y de los satélites, y la creciente miniaturización de esos sistemas, permitirán, aún más, irradiar el patrimonio ilustrador. Pero también es la etapa del agujero en la capa de ozono, la contaminación ambiental, la deforestación acelerada y la extinción de muchas especies animales. Si el siglo XIX fue testigo del auge de la revolución industrial y la energía por motores de combustión, en el XX se descubrió la fisión nuclear y la energía atómica. Einstein elaboró su teoría de la relatividad; Max Planck, su tesis sobre los cuantos, y Marie y Pierre Curie descubrieron la radiactividad. Sigmund Freud se adentró en el valor de los sueños como expresión de la personalidad humana. Los satélites han

permitido un mundo más angosto, que Marshall McLuhan definió como una «aldea global». El descubrimiento de la penicilina anuló los efectos devastadores de las enfermedades infecciosas. Ha sido la edad de los trasplantes de órganos, de la clonación y de la ingeniería genética. Se supo que el ser humano viene programado antes de nacer por el ácido desoxirribonucleico. La electricidad, el automóvil, la aviación, la telefonía, el cine, la radio, la televisión y el láser nacieron y se desarrollaron en los últimos cien años.

I

La expansión colonialista durante el siglo XIX terminó con una contienda de potencias que condujo a la Primera guerra mundial. Tras ella se deshicieron los otrora poderosos imperios austrohúngaro y otomano y surgieron nuevas naciones como Yugoslavia y Checoslovaquia, que desaparecerían antes de terminar el siglo. Las ideas de Carlos Marx hallaron un espacio de implantación. La Revolución rusa de 1917 constituyó un intento de alcanzar una utopía donde la riqueza social fuese distribuida

equitativamente, donde se entregase el trabajo y la capacidad personal a cambio de la satisfacción plena de las necesidades. La temprana muerte de Lenin y la absorción del poder absoluto por Stalin desfiguró la democracia socialista con violaciones de la legalidad. Un tardío intento de rectificación, liderado por Mijail Gorbachov, terminó en la disolución de la URSS y de su Partido Comunista, y engendró un régimen mafioso y corrupto. En 1949 triunfó en China el modelo comunista encabezado por Mao Zedong. La nación más poblada del mundo adoptó un régimen marxista leninista que acumuló en breve numerosos avances en la calidad de vida de un pueblo hasta entonces hundido en la miseria y la servidumbre feudal. Tras un serio retroceso económico, se desarrolló una feroz lucha por el poder que degeneró en la llamada Revolución cultural y, posteriormente, en un régimen de economía de mercado, con ribetes de beneficio social, encabezado por Deng Xiaoping.

En Italia triunfó el movimiento fascista, dirigido por Benito Mussolini, donde la acción prevalecía sobre la teoría, y el Estado constituía la base de la nación. Sus principios rectores se basaban en la imposición de una ideología oficial, control policiaco, concentración y dominio sobre los medios de comunicación masiva, centralización económica y adopción del militarismo. Adolfo Hitler, un psicópata demagogo, asimiló la doctrina y la puso en práctica en Alemania, añadiéndole elementos racistas como la supuesta supremacía de la raza germana, la inferioridad de los hebreos y el valor de las élites en la construcción nacional. Apoyado por la alta burguesía industrial, creó un poderoso partido que supo explotar los sentimientos de vergüenza y frustración causados por las humillaciones impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles de 1918. Alentó la búsqueda de un espacio vital, lo cual era una justificación para sus ambiciones territoriales. Ello condujo a un estallido europeo que en breve se globalizó. Antes ocurriría otro episodio bélico entre los republicanos, que pretendían modernizar España, y los falangistas, monárquicos y eclesiásticos deseosos de anclarla en el siglo XIX. La sangrienta guerra civil que siguió dejaría un saldo de un millón de muertos.

La debacle de la Segunda guerra mundial terminó la pesadilla totalitaria de derecha. Con el cese de ese conflicto, se produjo la coyuntura necesaria para fundar la Organización de las Naciones Unidas, cuyo antecedente fue la fracasada Liga de Naciones. Fue un nuevo instrumento de arbitraje para evadir las crisis internacionales sin llegar al choque armado, pero en ocasiones ese organismo sirvió de pantalla para encubrir acciones del imperialismo estadounidense. Tras la Conferencia de Bandung, en 1956, comenzó la emancipación de las naciones colonizadas de Asia y África. Nuevos líderes surgieron o alcanzaron una

dimensión internacional, como Mahatma Gandhi, Gamal Abdel Nasser, Josep Broz (Tito), Sukarno y Ho Chi Minh. La guerra por el dominio del Canal de Suez fue otro eslabón en ese proceso difícil. La creación de Israel creó considerables fricciones con los Estados árabes y una situación de enfrentamiento con los palestinos, pugna que aún no ha sido resuelta.

Los Estados Unidos sufrieron una gran recesión en 1929, y emergieron de su *crack* bancario con la política keynesiana de Franklin D. Roosevelt; más tarde se convirtieron en el primer país de Occidente, al desplazar a Gran Bretaña y Francia de la cúspide. Concluido el gran conflicto, la Conferencia de Yalta entregó a la Unión Soviética la Europa del Este y se inició una nueva pugna por la supremacía mundial, conocida como la Guerra fría. Sus episodios culminantes: las guerras de Corea y Viet Nam, la Crisis de los misiles, en Cuba; el bloqueo de Berlín y, más tarde, la erección del famoso Muro en torno a una parte de la antigua capital alemana.

Las fuertes conmociones sufridas por los Estados Unidos han puesto a prueba la confianza en sus propias fuerzas. El asesinato del presidente Kennedy, el escándalo Watergate, la renuncia del presidente Nixon y la derrota sufrida en la guerra de Viet Nam, primera debacle militar en su historia, crearon serias desgarraduras en el tejido histórico de esa nación. Más tarde, la revolución conservadora de Ronald Reagan, con sus nexos trasatlánticos en la privatizadora Gran Bretaña de Margaret Thatcher, inició la era del neoliberalismo. Nuevas recetas del capitalismo renovado estrecharon más el cinturón de las clases humildes.

En América Latina, tras el Estado nuevo, de Getulio Vargas, y el Justicialismo, de Juan Domingo Perón, vino la Revolución cubana, dirigida por un líder excepcionalmente dotado, Fidel Castro. Se demostró que en este continente podía vivirse con autonomía de la voluntad de los Estados Unidos y se instauró un régimen de beneficio social y raíces nacionalistas. Durante un decenio se extendieron los movimientos de liberación nacional en América Latina, con el emblema icónico de Ernesto Che Guevara. Chile y Nicaragua intentaron sistemas de justicia social que fueron brutalmente reprimidos por conjuras alentadas desde Washington. La guerra de las Malvinas marcó el último episodio de agresión europea contra América comenzado, según algunos, con el desembarco de Cristóbal Colón. La Revolución mexicana fue el heraldo de los cambios que sobrevendrían. México dejó de ser una sociedad feudal y agrícola —debido a la transición revolucionaria—, y evolucionó hacia una moderna economía industrial y el surgimiento de una burguesía nacional.

La era que terminó ha sido la de Charles de Gaulle, Fidel Castro y Yuri Gagarin; de Juan Pablo II y Eva Perón; de Winston Churchill y Emiliano Zapata; de Trotsky, Kemal Atatürk, Al Capone y Francisco Franco;

de David Ben Gurion, Marilyn Monroe y Diana de Gales; de Frank Sinatra y Christian Dior; de John D. Rockefeller y Woody Allen; de Cole Porter y Cantinflas. El fenecido siglo fue una época de grandes transformaciones en la creación artística: del surrealismo al dodecafonismo y el cubismo. Personalidades como James Joyce, Pablo Picasso, Igor Stravinsky, Marcel Proust, Serguei Eisenstein, Le Corbusier, Stanislavsky, Diego Rivera, Isadora Duncan, Charles Chaplin, Franz Kafka y Frank Lloyd Wright han cambiado nuestra manera de percibir el mundo y han insuflado un nuevo aliento a la imaginación.

II

¿Cuál ha sido el papel de la literatura en estos cambios? Muchos escritores han afirmado que las letras de mayor predominio social surgen en tiempos de grandes catástrofes. El periodo de la depresión, que se acentuó en la década de los 30 en los Estados Unidos, tuvo como resultado un desempleo generalizado. Doce millones de norteamericanos vagaban por las calles vendiendo lápices y manzanas para sobrevivir. El auge de los años 20, tras la Primera guerra mundial, había terminado. La «Edad del Jazz» o los «Locos Veinte», como se llamó a esa edad despreocupada terminó abruptamente. El *crack* de la Bolsa de valores de Nueva York arruinó a un país que creyó interminable su prosperidad. Esa adversidad le permitió ganar en madurez. Es el tiempo en que surgieron novelistas como William Faulkner, Ernest Hemingway, John Steinbeck, John Dos Passos, y Thomas Wolf, poetas como Robert Lee Frost, T. S. Eliot y Wallace Stevens, o dramaturgos como Eugene O'Neill.

Roosevelt consiguió sacar a su país del barranco, y cuando comenzaba a reponerse estalló la Segunda guerra mundial. La posguerra trajo una nueva hornada de escritores que plasmaron las experiencias del conflicto en textos memorables. Esa nueva promoción incluyó a Norman Mailer, James Jones, Irwin Shaw y Joseph Heller. Tan pronto como la sociedad estadounidense se recuperó del impacto bélico, cuando comenzó a consolidarse de nuevo una clase media que construía un mundo de estereotipos y creía en los valores convencionales, surgió la necesidad de desacralizarlos. Ese fue el tiempo de los iconoclastas William Burroughs, Jack Kerouac, Gregory Corso, Allen Ginsberg y Ferlinghetti. La imaginación literaria dejó de ser, en los Estados Unidos, el reino de la emocionalidad acentuada y de la épica trepidante.

Una nueva literatura del aislamiento y la soledad, de la incomunicación y las frustraciones surgió con Tennessee Williams, Carson McCullers y Truman Capote. De ese medio surgió un personaje literario tan

desalentado, afligido y mustio como el Willy Loman de Arthur Miller. Destrozado por sus propias limitaciones, no entiende la inmensa tragedia de su vida trunca y sin salida. Otro de los grandes creadores del decursar de la inocencia fue Truman Capote. Alcoholizado, adicto a las drogas, su prematuro fallecimiento se debió a una intoxicación generalizada. De una primera etapa sensitiva, de una fina apreciación de la angustia existencial pasó a hacer un periodismo creativo que culminó en su obra maestra *A sangre fría*. Personajes tan bien dibujados como los sombríos asesinos Dick y Perry, o tan deliciosos como Holly Golightly, forman parte de ambas vertientes de sus elaboraciones literarias. Truman Capote fue un neurótico sofisticado, un homosexual ostentoso, un *snob* que frecuentaba la alta sociedad y se nutría de sus chismes, un pícaro intrigante. Con él terminó un período de alta productividad de las letras estadounidenses y se clausuró un ciclo de ternura, de infortunios delicados y de exaltadas turbaciones.

El enfrentamiento de bloques de poder, que se produjo tras el término de la Segunda guerra mundial, arrastró, de manera drástica, a los intelectuales del mundo. Los Estados Unidos y la Unión Soviética protagonizaron una intensa lucha que se reflejó hasta en la superestructura, en las ideas. Tras el deshielo que significó la denuncia de Jruschov en el xx Congreso del PCUS, surgieron voces disidentes. Uno que marcó la nueva generación fue Evgueni Evtushenko. Desde mucho antes había mantenido una adhesión crítica Ilya Ehrenburg, quien sostuvo un serio enfrentamiento público, en el Kremlin, con Nikita Jruschov. El más valioso de los discrepantes fue Boris Pasternak, quien llegó a recibir el Premio Nobel por su obra, incluido el famoso *Doctor Zhivago*, rechazada en 1956 por la editorial Novy Mir. Fue el editor Giangiacomo Feltrinelli, hasta entonces militante del Partido Comunista italiano, quien dio a conocer el libro que recibió una gran acogida mundial. Diez años más tarde, en 1965, le tocó el turno a Andrei Sinyavsky y a Yuli Daniel, juzgados por enviar sus manuscritos al extranjero a través de la embajada francesa en Moscú. Fueron las persecuciones contra él las que obligaron a Vasili Aksionov, autor de la excelente novela *Naranjas de Marruecos*, a emigrar a Israel. Una generación de escritores dejó claramente expuesto su rechazo a la intolerancia del estalinismo.

La Revolución de Octubre había tenido, en Rusia, una exaltada lealtad de sus principales escritores. A ella se entregaron, en un inicio, Stanislavsky, Vsievodol Pudovkin, Serguei Prokofiev, Anna Ajmatova, Pasternak, Vsievodol Meyerhold, Mijail Sholójov. Muchos de ellos, hostigados, crearon sus obras a contrapelo. La tensión entre la realidad y las utopías afloró a partir de la experiencia vivida, y muchos expresaron en su obra los desajustes de la nueva era. Máximo Gorky e Ilya

Ehrenburg tuvieron serias contradicciones con el poder, Eisenstein fue acusado de formalista pese a sus múltiples concesiones, Iván Bunin y Andreyev se exiliaron, Mijail Bulgakov, Schlovsky y Bajtin fueron condenados al silencio, Osip Mandelstam desapareció en un campo de concentración, Dimitri Shostakovich vio su obra censurada, Vladimir Maiacovsky se suicidó.

La dramática disyuntiva de los intelectuales revolucionarios consistía en no poder soportar las limitaciones creativas impuestas por el poder político y tampoco entregarse a la contrarrevolución. Ese fue el trágico dilema en que se debatió Víctor Serge. Pero quizás ninguno sufrió tan intensamente sus contradicciones como Isaac Babel, quien tuvo una singular experiencia en el Primer Regimiento de cosacos del general Semyon Budyonny, al cual se incorporó en 1920. Babel aprendió a escribir de manera sucinta, condensando sus experiencias en cápsulas muy bien balanceadas. Cada uno de sus cuentos era rescrito una y otra vez, algunos los llegó a rehacer hasta un centenar de veces. Se apasionaba con lo que hacía. Confesaba que cuando no podía perfeccionar una oración le entraban palpitaciones cardíacas. Un pasaje de quinientas o mil palabras podía llevarle hasta un mes para concluirlo. Babel le dijo a un colega que no tenía imaginación, era incapaz de inventar nada; necesitaba autenticidad, tenía que nutrirse con incidentes reales que luego iba transformando. Presenciaba situaciones extremas de la conducta humana y las recogía fielmente para luego convertirlas en literatura. Desde el primer instante, tras la Revolución, colaboró como propagandista para ROSTA, la agencia de noticias del Estado, que luego se convirtió en TASS, y para el periódico del Ejército Rojo. Fue colaborador de la Cheka y amigo personal de Yagoda, jefe de la policía secreta. En 1928, Budyonny lo acusó de haber mentido sobre los cosacos del Primer Regimiento. «Distorsiones de un autor erotomaniaco», fue una de las imputaciones, «visión pequeño burguesa»... «desvarios de un judío demente», se le inculcó. Nunca estuvo en combate, según Budyonny, siempre se mantuvo en la retaguardia. Una vez más, la defensa de Gorky logró extender un manto de inmunidad, pero a partir de entonces Babel entró en un silencio casi total, hasta su muerte, ocurrida mientras era mantenido en reclusión. Los años de la Guerra fría dejaron un claro testimonio del compromiso intelectual con la libertad de crítica y el pensamiento autónomo de los escritores rusos y norteamericanos, y esas contradicciones fueron uno de los rasgos definitorios del pasado siglo xx.

Günter Grass, dotado de un genio creador diverso y exuberante que lo ha investido de un alto prestigio moral y de una reputación considerable en el oficio literario, ha cruzado uno de los períodos más tormentosos de la historia de su patria, el de la derrota

en la Segunda guerra mundial y el drama de la partición alemana. De una parte estaba la realidad estalinista de Walter Ulbricht y Erich Honecker; de la otra, el neofascismo velado de Konrad Adenauer y Ludwig Erhardt. De un lado, la adhesión incondicional a la Unión Soviética del régimen de Pankow y del otro, la sumisión obediente del sistema implantado en Bonn por los Estados Unidos.

Grass se unió a los intelectuales de izquierda, dinámicos y políticamente comprometidos, que constituían el Grupo 47. Después de haber sido reclutado para el ejército a los dieciséis años, como miembro de las Juventudes Hitlerianas, herido en el frente, prisionero de guerra y, tras el conflicto, haber sido tallador de lápidas sepulcrales, baterista de una banda de jazz y traficante en el mercado negro, estaba preparado para cualquier oficio menos el de la claudicación. Cuando se estableció en París en 1956 escribió *El tambor de hojalata*, que le dio renombre y consideración en los medios literarios. Desde ahí continuó su trayectoria esplendente hasta obtener el Premio Nobel en 1999.

En su discurso de aceptación del premio Príncipe de Asturias (1999), hizo la definición del papel de la literatura, en donde expresa que la historia está hecha de estentóreos partes triunfales y de derrotas a media voz, y que la vida privada está siempre interrumpida por el quehacer histórico. Por ello, dice, es importante que la literatura descubra las intimidades de la historia y muestre cuanto ocurre detrás de la tribuna de las grandes ceremonias de Estado, así se podrá apreciar lo elevado como ridículo y lo grande como diminuto. Quizás la mejor imagen de la función social de la literatura, afirmó, se encuentra en el cuento de Andersen «El traje del emperador», donde la mirada inocente de un niño permite ver al rey desnudo. Los grandes anales de una nación se ven en su perfil profundo cuando se observan a través de los ojos del bufón de la corte.

Para Günter Grass, la literatura le da voz a los perdedores, a quienes no hacen la historia, pero la historia les sucede. La literatura vive de las crisis y su función es profanar cadáveres, manifestó entonces. Todos seremos culpables o víctimas. En última instancia, la imaginación tendrá siempre la última palabra.

La literatura alemana de la posguerra tuvo como misión «sacar el cadáver del armario», admitir la culpabilidad colectiva por el advenimiento del nazifascismo, combatir el congelamiento de las opciones en la estructura del nuevo orden social burgués. También se enfrentaba a los desafíos de la Guerra fría. No quería admitir los excesos totalitarios, pero también rechazaba una sociedad que tenía como propósito primordial cambiar de modelo de automóvil todos los años. El realismo escéptico de Grass era la única posición honesta dentro de las circunstancias de la reconstrucción alemana.

Movido por motivaciones éticas, no hizo fortuna narrando las desdichas del pueblo alemán, las miserias y necesidades de la posguerra. Eso habría excitado el interés morboso de muchos lectores, pero la literatura no era para él un vehículo para medrar con el sensacionalismo ni para desnudar penurias ajenas. Desdeñar a los filisteos implicaba rechazar el conformismo y tornarse en pesquisidor para contribuir a la fundación de una sociedad más humana. Ha dicho Grass que estamos inmersos en una larga lucha para civilizar al capitalismo salvaje, donde los nuevos ejecutivos solo reclaman una cosa: más mercado. Un mercado que lo invade todo, que ahoga a los individuos. Su insobornable posición política y su pulcritud moral lo han investido de esa aureola de los grandes elegidos.

Anteriormente, otro gran ejemplo moral de los escritores alemanes, Thomas Mann, había demostrado el alto costo de saber decir no. En una carta, inédita durante mucho tiempo, publicada posteriormente en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, Mann dio fe de su total rechazo al nazismo. Escrita cinco días después de la toma del poder por Adolfo Hitler, esclarece mucho la posición del novelista, que no se distanció formalmente del nacional socialismo hasta 1937, con un artículo que publicara en el *Neue Zürcher Zeitung*. En su carta, Mann protesta contra «las atroces falsificaciones de la historia que está ladrando ese chapucero rey del lumpen de los micrófonos». Muchos aún debaten sobre la dudosa actitud de Mann en los umbrales del nazifascismo, y hasta alguno le atribuye secretas simpatías por el populismo nacionalista que nació en Alemania en los albores de la década de los años 30. Thomas Mann ya había sido consagrado al serle otorgado el Premio Nobel en 1929. Cuando Hitler asumió la Cancillería, Mann se hallaba de gira en el extranjero y no regresó a Alemania, pero durante cuatro años no emitió ningún análisis sobre la nueva situación, lo cual dio origen a la confusión sobre sus verdaderas opiniones.

El período de Weimar en la literatura y el pensamiento alemanes fue rico en figuras primordiales. Fue el lapso de Martin Heidegger, Oswald Spengler, Walter Benjamin, Rainer María Rilke, Kafka, Bertolt Brecht, Robert von Musil, Hermann Broch. De esa época datan textos básicos de la cultura del siglo xx como *La decadencia de Occidente*, *El ser y el tiempo* y *La montaña mágica*. Esto fue favorecido por una industria cultural sólidamente organizada, impulsada por el consumo de masas. Todo ello terminó con el advenimiento del nazismo. En septiembre de 1933, Hitler pronunció su discurso sobre el arte alemán, en el cual hablaba de la necesidad de liberarse de las degeneraciones que el contacto con otras culturas había impuesto al arte germánico. El hecho estuvo precedido, en mayo de ese mismo año, por la quema de libros «envilecidos», según el criterio nazi. Tal radicalización del pangermanismo era una secuela del llamado

renacimiento nórdico, favorecido por los ideólogos del partido. Es lógico que algunos quisieron ver en Mann —quien captó, como ningún otro el mundo burgués germánico; o sea, el orden, la compostura y el desenvolvimiento de las familias hanseáticas—, un adepto de estas tesis de la recuperación de las tradiciones teutónicas. Su realismo conservador estaba a tono con las exigencias del nacional-socialismo y, de haberlo querido, Mann pudo haberse instalado cómodamente dentro del régimen nazifascista. Solamente su sentido moral, su vigilante olfato para detectar el totalitarismo naciente, le permitió evadirse a tiempo. Hay un cierto gusto indeclinable por esta medida circunspecta de los caracteres que moldeó Mann. *Los Budenbrook* retrata el ascenso de una familia de comerciantes que alcanza un apogeo e inicia su declinación por la sensibilidad de su último vástago. En este caso el espíritu (*geist*) va erosionando la vida (*leben*). Algo similar ocurre en *Muerte en Venecia*, donde Von Aschenbach descubre al joven Tadzio y su pasión por él lo lleva a permanecer en la ciudad asediada por la muerte, y a morir él también. Muchos críticos han señalado que, en realidad, Aschenbach simboliza la robustez del alma nórdica que perece por su contacto con la emotividad del sur. El carácter disciplinado y cerebral de Aschenbach pierde su dignidad ante la experiencia de la belleza. Eros y Tánatos se mueven, una vez más, en apretada danza. Sus personajes claves, como el Hans Castorp, de *La montaña mágica*, o el Adrian Leverkühn de *Doctor Fausto*, son paradigmas de la alienación intelectual en un mundo que se sumía, de manera creciente, en el totalitarismo.

Sin embargo, en sus inicios Thomas Mann favoreció el Estado autoritario, el orbe nacionalista desatado por la unión de los principados germánicos en torno a Prusia. Recordemos que el novelista nació solo cuatro años después de que Bismarck había realizado la titánica tarea de aglutinar los pequeños Estados para crear una poderosa nación. Goethe, Wagner, Freud fueron hitos de la cultura alemana que lo atrajeron y a quienes dedicó prolijos ensayos. No obstante, supo reconocer los peligros del creciente nacional-socialismo y cuando Hitler asumió el poder, en 1933, inició una vida de incesante exilio. Sus giras de conferencias en universidades estadounidenses, hablando sobre el cáncer nazifascista, contribuyeron mucho a abrir los ojos de un país que se hallaba firmemente encerrado en un aislacionismo que pudo haberle sido fatal. Thomas Mann, al registrar a la burguesía alemana de la primera mitad del siglo xx, construyó un vasto observatorio de su época, aunque algunos le objetan que no abrió nuevos caminos, sino que es el último de los grandes novelistas del xix. Supo evadirse a tiempo de la trampa que le tendió la historia y su inclinación al tradicionalismo.

Fue Arthur Rimbaud quien primero atacó las bases del Segundo Imperio, y Emile Zola quien estremeció las

instituciones establecidas con su *Yo acuso*. Jean Paul Sartre le dio forma y consistencia a esa categoría del ser pensante: el eterno inconforme intelectual. Los escritores han pasado por períodos de represión, de censura, han sido castigados por sus textos, han ido a la cárcel; sus obras han sido mutiladas, incineradas. En los últimos cien años, Joyce, Proust y Kafka, junto a Thomas Mann, contribuyeron a modificar nuestra circunstancia. En América Latina, Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier y Pablo Neruda sostuvieron las tutelas de nuestras letras. Proust fue capaz de crear un universo con el vigoroso impulso de sus recuerdos. Con su aprehensión del tiempo pasado tejió un minucioso encaje de personalidades contradictorias y complejas. Kafka fue el más decisivo revolucionario. Por vez primera se abrió la realidad detrás de la realidad. Gracias a él, el absurdo cotidiano quedó consagrado como género y destruyó la lógica con la ansiedad y el grotesco de nuestra era.

El más avanzado innovador de los escritores del siglo xx ha sido James Joyce. Los jesuitas que lo educaron en Dublín se percataron de su maestría retórica y su brillantez literaria. Joyce no disfrutó nunca de buena percepción visual, al final de su vida quedó ciego; pero sí poseía un excelente oído y sus dotes para la musicalidad le hicieron crear una notable armonía con palabras. De ahí que muchas partes del *Ulises*, su obra capital, cobren nueva fuerza al ser leídas en voz alta, debido a los melodiosos giros de su prosa. Un importante recurso literario surgió de esa escritura: el llamado «monólogo interior» o «corriente de conciencia», con el que trató de reconstruir la fluidez del pensamiento. La exuberancia de sus juegos verbales y parodias de estilo causaron sensación en su tiempo pues nadie se había aventurado, hasta entonces, por caminos tan audaces al extremo de conducirlos a la categoría de rompecabezas académico. Joyce logró en literatura lo que Albert Einstein en física, una insólita concepción del encadenamiento de las palabras; en el segundo, una inédita formulación de la energía mediante la velocidad de la masa. Joyce ha sido acusado de pedante, de ser innecesariamente barroco, de acumular pastiches y forzar una hinchazón caricatural de su obra, de sobrecargar abigarradamente lo que pudo haber tenido la sencillez clásica. Como toda obra genial, el *Ulises* tiene las virtudes de sus defectos. Su autor fue acusado de obsceno, su obra fue prohibida y acosada, toda su vida desempeñó empleos modestos, desde profesor de idiomas hasta cajero de un banco, pero ni un instante abandonó su obsesión de escribir. Lo que ninguno puede negar es que Joyce ha sido la figura más descolante de la literatura del siglo que terminó, por sus deslumbrantes descubrimientos verbales y la osadía de su imaginación.

La literatura ha desempeñado un papel primordial en los cambios acaecidos en nuestra era. Moldeando

las normas de pensamiento y los modelos de conducta, los escritores han influido en la conformación del mundo y pueden contribuir a fabricar el «otro mundo» al cual todos aspiramos. La autoridad que los escritores han ejercido ha estado en relación directa con su concepto de obligación social, con su deber de identificarse con las causas de mayor arraigo, con el cumplimiento de un deber vinculado al desarrollo nacional. Edificar la opinión pública es una función de la literatura, y solamente puede ejercerse cuando existe una fuerte vinculación entre quienes piensan y quienes actúan, cuando el emisor de opinión establece una conexión inteligente con las bases que deciden. Hay apocalípticos que constatan que cada día se lee menos y se ve más; la cultura de la figuración reemplaza lentamente a la del entendimiento. La extensión del raciocinio está vinculada a la amplitud del establecimiento educacional, la alfabetización, el número de escuelas, el incremento de las matrículas, la proliferación de la enseñanza superior. De otra parte, existen desafíos que deben enfrentarse con lucidez: la intolerancia racial, el fanatismo fundamentalista, la explosión demográfica, los déficits educacionales, la omnipotencia creciente de las transnacionales, las catástrofes ecológicas, las migraciones incontroladas, el auge del consumo de estupefacientes, la desigualdad en la distribución de la riqueza.

El escritor es un sacerdote laico, y dentro de sus funciones se encuentra la renovación de la fe en la eficacia de las virtudes sociales. La independencia del intelectual siempre ha estado menguada por el poder del Estado y el absolutismo de los mercados. Ha pasado de los brazos del príncipe al regazo del empresario. Campeador de ideas, de luchas ideológicas, de combates espirituales, el conformismo es el peor anestésico de la eterna vigilia a que está condenada la literatura. La relación entre la palabra y la autoridad política, entre los signos semánticos y las esferas decisorias, es uno de los fenómenos que han definido a nuestra época. Los escritores pueden ser depositarios de una parte del dinamismo social, de los resortes que actúan como impulsores de la marcha de la comunidad. Para ello hay que supeditar el oficio literario a un cometido moral que le otorgue una dimensión más prominente a la tarea de reflejar el ser y su circunstancia. Sucesor de los viejos sacerdotes que ordenaban la vida para el hombre común y le proporcionaba un sentido a su existencia, nos ha tocado vivir una época donde todos los dioses van muriendo. Solamente queda el uso de la palabra, la única deidad que no traicionará.